

sentante de los Tcherokis, hablando en una asamblea general de las tribus del territorio indio, reunida en 1872 para la discusión de una carta general: «Nosotros debemos, dijo, ocuparnos de grabar las instituciones en el corazón de nuestros conciudadanos, solamente así serán duraderas. Escribirlas sobre el papel es tanto como grabarlas sobre la corteza de los árboles. La encina del bosque crece todos los años, cambiando de corteza cada vez: lo mismo sucede en la nación indiana. Dos cosas no pasan: la voluntad del hombre y el corazón de la encina. A la voluntad hemos de atenernos si queremos vivir y durar»¹.

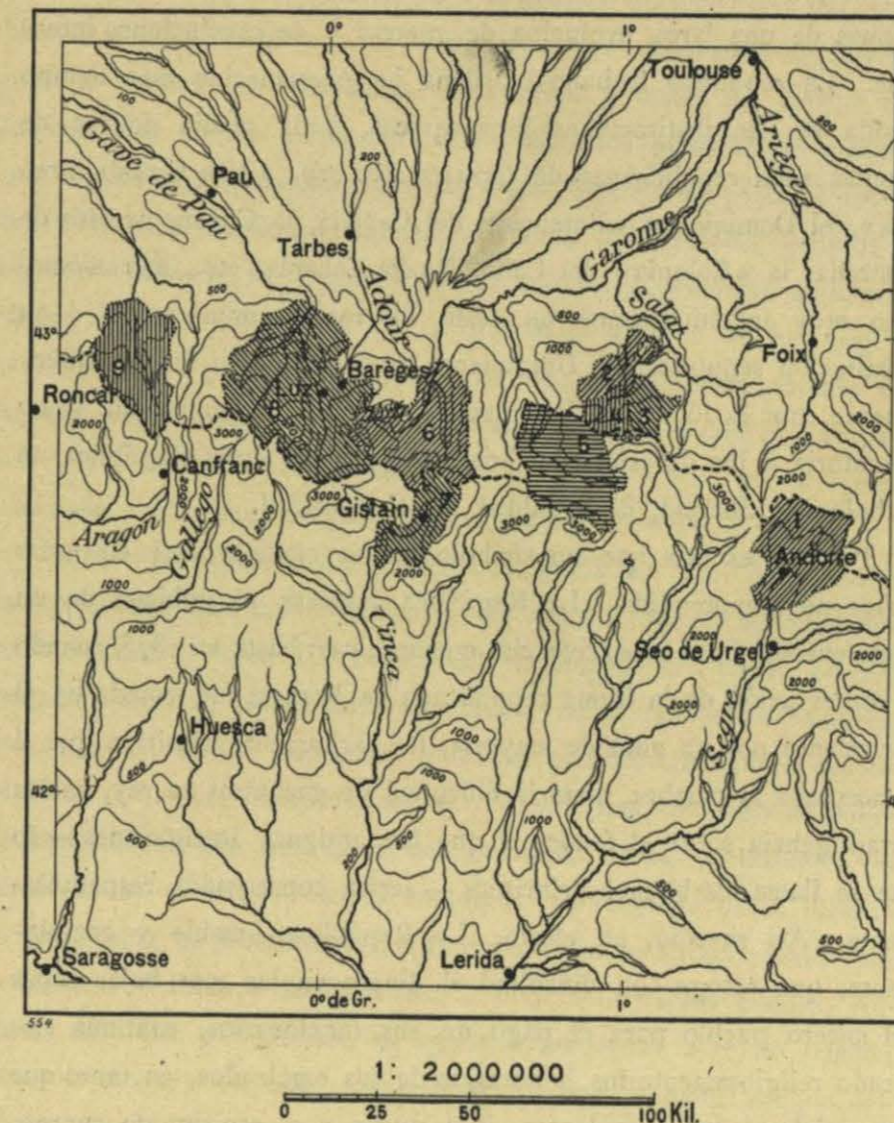
El nombre de República aplicado á ciertos Estados, por oposición al de Monarquía, se ha dado en el curso de los tiempos á organizaciones bien diversas, pero que, unas y otras, procuraban hacer que viviera un grupo más ó menos restringido de hombres considerándose como libres en medio de una población de esclavos ó de vecinos bárbaros. ¡Problema insoluble! porque no puede haber sociedad verdaderamente libre en tanto que un solo hombre permanezca esclavizado sobre el planeta terráqueo. El ciudadano de Atenas, el plebeyo de Roma, el pastor de los Pirineos, hasta los miembros de la tribu de los Ova-Mbarandu, al sud de Cunene, que el misionero Duparquet describe como republicanos intransigentes que viven en libertad completa, sin jefe ni sacerdote que pueda exigirles el homenaje ó el impuesto, todas esas comunidades han sucumbido, absorbidas por los imperios serviles que les rodeaban. Pero puede decirse que esas organizaciones formulaban soluciones más originales que las repúblicas del siglo XX, sometidas al gobierno de la alta banca internacional y por ella niveladas al rango de las monarquías vecinas.

Las diferencias de título carecen, pues, de carácter esencial, pero conviene hacerlo constar y determinar su origen histórico. Entre los ciento ochenta ó doscientos millones de hombres que viven actualmente en régimen republicano, si no sin amos, al menos sin reyes oficiales, es evidente que los Suizos, los Americanos y los Franceses han sido impulsados á tomar el mismo nombre por circunstancias históricas muy diferentes. Suiza, que fué primera-

¹ *Le Temps*, 30 Agosto 1872; — A. Letourneau, *Evolution de la Morale*, p. 122.

mente un caos de señorías, de feudos y de comunidades campesinas, sólo necesitó buscar y conservar su equilibrio de fuerzas para

N.º 555. Antiguas Repúblicas de los Pirineos.



1. República de Andorra. — 2. Valle del Bouigane ó Ballongue. — 3. Valle de Bethmale ó Balamet. — 4. Valle de Biros. — 5. Valle de Arán. — 6. Valle de Aure. — 7. Valle de Gistain.
8. Los siete «ríos» del Lavedan; contorneando esos valles desde el Norte hacia al Oeste para volver por el Este, se encuentran sucesivamente los siguientes valles: Surqueres ó Batsouriguere; Estrem de Salles; Azun; Saint-Savin ó Cauterets; Baresges, Luz ó Balsan; Davantique; Castelloubon.
9. Valle de Aspe. — Roncal, en país vasco español, es el centro de una especie de pequeña república.

llegar á ser una confederación republicana; los Estados Unidos fueron obligados por la obstinación de Inglaterra á privarse del

régimen monárquico al que en un principio querían permanecer religiosamente fieles; asimismo, las repúblicas hispano-americanas, que se anunciaron en la historia por el grito de «¡Viva Fernando VII!» no han podido evidentemente llegar á renegar de la monarquía sino después de una larga evolución de guerras y de revoluciones intestinas. La república lusitano-brasileña ha permanecido más tiempo sumida en las instituciones monárquicas, y la media docena de colonias semi-republicanas de *Greater Britain*, «Más Grande Bretaña», el Dominion ó «Potencia» del Canadá, la Commonwealth de Australia, la «Colonia» del Cabo, Nueva Zelanda, etc., han acomodado muy ingeniosamente un resto de formas monárquicas á su constitución republicana. Únicamente Francia ha sido llevada directamente, por la lógica de las cosas, á suprimir la monarquía como atentatoria á los derechos del hombre y á hacer de la República un símbolo de Libertad, de Igualdad, de Fraternidad.

Pero no es más que un símbolo y un símbolo casi en todas partes no comprendido. La República francesa se doblaba de un modo extraño á las supervivencias monárquicas: hasta en 1875, cuando la conservación de la forma republicana en Francia fué votada en el Parlamento por un voto de mayoría, fué tácitamente admitido que si se aceptaba la palabra, vista la dificultad de encontrar un rey, habría intransigencia sobre el fondo, y que las antiguas instituciones — lo que se llama los buenos principios — serían conservados respetuosamente. Así sucedió, en efecto. La República, amable y complaciente, que recoge con dificultad el dinero en las más bajas capas del mísero pueblo para el pago de sus funcionarios, continúa sirviendo religiosamente los honorarios de sus empleados, en tanto que éstos, fieles á los precedentes, á la rutina y al espíritu de cuerpo, proseguían su censuras contra el nuevo régimen, gracias al cual hacían buen papel en el mundo. Oficiales, magistrados, sacerdotes, hasta profesores, se honraban haciendo traición al gobierno que tenían el deber de respetar y servir, y de ello se vanagloriaban hasta en discursos y circulares. Durante aquel proceso de traición militar — llamado «proceso Dreyfus» —, que tomó un carácter épico en el inmenso hervidero de las pasiones humanas, ocurrió un incidente de los más curiosos y significativos, el de la consulta á los alumnos de

Saint-Cyr, la Gran Escuela militar de Francia: «¿Deseáis el cambio de la forma gubernamental?» — «Sí», fué la respuesta unánime, aumentada por algunos de los alumnos con expresiones violentas ó groseras. Y después, cuando, bajo la presión de una parte del pueblo, escandalizada al ver las congregaciones religiosas apoderarse poco á poco de la enseñanza en Francia y tratar de malear las inteligencias de los niños para hacer de ellos otros tantos pequeños jesuitas, el gobierno resolvió al fin defenderse, vióse á todos los tribunales justificar unánimemente todas las rebeldías, insultos y vías de hecho de los frailes y de sus amigos, y condenar uniformemente á penas tan ligeras que probaban el acuerdo de los magistrados con los procesados. Jamás se vió ejemplo más patente de aquella «casa dividida contra sí misma», de que habla el Evangelio. Pues semejante «casa no puede subsistir», nos dice la razón. Cada día vemos desprenderse alguna piedra del edificio.

Las revoluciones, bajo formas muy múltiples, son, pues, inevitables, puesto que las evoluciones son contrariadas en su funcionamiento normal. Que las catástrofes terminales se dividan en mil pequeños hechos, bancarrotas y suicidios, riñas, huelgas ó hambres, ruinas industriales ó trastornos políticos, empobrecimiento ó despoblación, ó que un huracán político y social pase bruscamente sobre la comarca dejando tras de sí una rastra de ruinas y cadáveres, el resultado es el mismo en su conjunto. El lenguaje de la historia es categórico en este asunto: ó la muerte, como antiguamente para la Caldea, el Elam y la Bactriana, ó la transformación penosa, violenta, dolorosa para todas las naciones modernas, que no pueden perecer porque se ayudan mutuamente á pesar de todo, aunque devorándose recíprocamente en la concurrencia vital. No puede haber otra salida en tanto que el Estado, representado por el poder personal de uno ó de varios individuos y hasta de una clase entera conserve el derecho eminente de considerarse como educador de la nación, porque esa educación la hará siempre en su propia ventaja aunque con la perfecta ilusión de «dedicarse al bien del país». Prodúcese una división del trabajo que parece naturalísima á los que desean la conservación de las antiguas prerrogativas: de un lado el deber de gobernar, del otro el de obedecer. Pero los que se

encargan de «conducir el carro del Estado» habrían de saber, preverlo y organizarlo todo, y lo cierto es que los súbditos, aunque educados así, notan los errores de sus amos, recusan esa división del trabajo y se dedican á destruirla.

¿No fueron las jornadas de Julio consecuencia obligada de las «ordenanzas» y de todo el régimen de opresión que había ocasionado el conflicto? ¿No fué la guerra franco-alemana, tras múltiples choques y vicisitudes, consecuencia natural de los dos imperios napoleónicos que derribaron las dos repúblicas francesas? Rusia no hubiera tenido que sostener el choque de los ejércitos japoneses en los primeros años del siglo XX si, violando todas las promesas, no se hubiera apoderado de una provincia china, riéndose de los cándidos que creían en su palabra. Sin razón, pues, se atribuyen las revoluciones al efecto de un instinto de destrucción que agita á las masas populares y las inclina á destruir. Sin duda ese instinto existe, todos los educadores han notado cuán imperioso es en los niños, enamorados natos de renovación. No ha de olvidarse que «vivir, es obrar», y que «la destrucción es la forma más fácil de la acción» (Anatole France); pero no hay más que el instinto, ha de tenerse en cuenta sobre todo la voluntad colectiva procedente de las condiciones generales de la sociedad.

Cuando la vida se desborda es imposible contenerla: es como el agua corriente, que se le pueden poner diques, pero que ha de facilitársele una salida, sea sobre el mismo dique cayendo en el cauce habitual, sea por una depresión lateral en un nuevo cauce. Así se explican los efectos imprevistos de las revoluciones y de las contrarrevoluciones violentas. Después de cambios bruscos obtenidos por la fuerza, la vida no se manifiesta ya por los mismos actos, alimenta energías antes dormidas, penetra en nuevos canales como el agua comprimida por un pistón; pero, cualesquiera que sean las transformaciones, la persistencia de la fuerza prevalece siempre. El trabajo se efectúa de otra manera, pero se efectúa, produciendo toda una sucesión de acontecimientos imprevistos, que los hombres débiles sometidos á sus efectos califican, según las circunstancias, de funestos ó favorables, juzgando de ordinario según su egoísmo estrecho y su apreciación del momento. Así es como el movimiento se transforma

en calor y el calor en electricidad. Viendo detenerse la máquina, se cree fácilmente que la fuerza misma se dispersa; pero he aquí que de repente estalla transfigurada. Es el dios que se desvanece y reaparece en continuas transformaciones. Proteo, siempre cambiante, ha tomado la forma de un nuevo ser.



Cl. P. Sellier.

MOSCOU, EL 31 DE OCTUBRE DE 1905

Manifestación reclamando la libertad de los presos políticos.

En la ilusión pueril y bárbara de poder detener la vida desbordante de la multitud, de inmovilizar la sociedad en su provecho personal, individuos y clases que disponen del poder, jefes de Estados y amos aristócratas, religiosos ó burgueses, suelen intervenir por la fuerza bruta para suprimir toda iniciativa popular; pero lo hacen con mano vacilante. Las leyes inmutables de la historia comienzan á ser bastante conocidas para que los más audaces entre los explotadores de la Sociedad se atrean á ponerse frente á su movimiento; necesitan proceder con ciencia y astucia para desviarla en vías laterales, como un tren al que se separa de la gran línea. Hasta el presente

el medio con más frecuencia empleado, y uno de los que desgraciadamente dan mejor resultado á los dueños de los pueblos, consiste en trocar todas las energías nacionales en furor contra el extranjero. Los pretextos son fáciles de encontrar, puesto que los intereses de los Estados permanecen diferentes y contradictorios por el hecho mismo de la separación en organismos artificiales distintos. Existen también más que pretextos, hay recuerdos de males, de matanzas, de crímenes de todas clases en las antiguas guerras; la apelación á la venganza resuena todavía, y cuando haya pasado la nueva guerra como un incendio, devorándolo todo con su terrible llama, también dejará memoria de odio y podrá servir de fermento para futuros conflictos. ¡Cuántos ejemplos podrían citarse de tales derivados! A las dificultades interiores del gobierno, los poseedores del poder responden por guerras exteriores. Si esas guerras son triunfantes, los amos las aprovechan para la consolidación de su régimen: habrán envilecido á su pueblo por la locura de la vanidad que se llama gloria; habrán hecho de él un cómplice vergonzoso invitándole al robo, al pillaje, á la matanza, y la solidaridad del mal adormecerá las primeras reivindicaciones, hasta que nuevamente se llenen los vasos con el vino rojo del odio.

Pero además de la guerra, los gobernantes tienen á su disposición poderosos medios de alejar de sí todo peligro. Entre otros, la corrupción y la desmoralización por el juego, todas las formas de la depravación: las apuestas, la lotería, las carreras, la bebida, los cafés, los cafés cantantes. «¡Que canten, ya pagarán!» Los depravados y envilecidos, que á sí mismos se desprecian, no tienen ya el sentimiento de dignidad necesario que podría impulsarles á la rebeldía: con la conciencia de tener almas de lacayos, se hacen justicia aceptando la opresión. Así las guerras de la República y la explosión de los vicios y desenfreno que siguieron á los primeros años de la Revolución con su ideal de austeridad y de virtud, vinieron á propósito para preparar el régimen imperial y el ignominioso rebajamiento de los caracteres. Sin embargo, se produjo un fenómeno de balanceo que provino en gran parte de una reacción normal de la Sociedad tomada en su conjunto. Es natural que los hombres oscilen sucesivamente del uno al otro contrario, del mismo

modo que su vida alterna de la actividad al sueño y del descanso al trabajo. Además, componiéndose una nación de gran número de clases y de grupos diversos que tienen su evolución propia en la evolución general, resultan movimientos históricos de tendencias opuestas que se entrecrocán y se entrecruzan describiendo las curvas más complicadas, cuya madeja apenas puede desenredar el historiador.



Cl. del Photo-Globe.

SAN PETERSBURGO — PLAZA DEL PALACIO DE INVIERNO

Ensangrentada el 9 (22, nuevo estilo) de Enero de 1905.

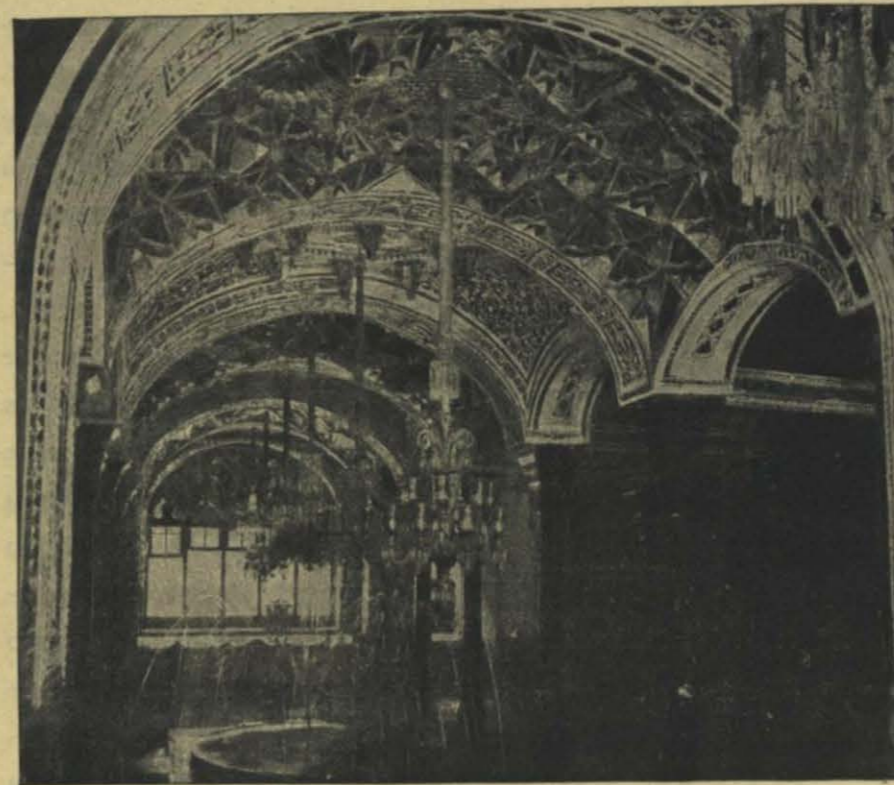
Y sucedió que durante las luchas intestinas de la Revolución francesa, los Vendeanos representaban ciertamente contra el gobierno central el principio del Municipio autónomo, libremente federado; mas, por una contradicción de que la falta absoluta de instrucción no les permitía darse cuenta, se hicieron defensores de la Iglesia, que aspira al imperio universal de las almas, y de la Monarquía, que en todos los Comuneros no ve más que siervos y carne para los campos de batalla. Por una extraña candidez que hace sonreír y haría llorar, los negros de Haiti, luchando por su libertad contra

los plantadores blancos, se proclaman con entusiasmo las gentes del Rey; los rebeldes de las colonias españolas del Nuevo Mundo aclamaban al rey católico de España. Casi siempre, en la corriente de los siglos, los que se rebelaron contra una autoridad cualquiera lo hicieron en nombre de otra autoridad, como si el ideal no consistiera más que en el cambio de amo. Cuando los grandes movimientos de opinión y de libertad intelectual que produjeron la revolución de 1830, los que trabajaban por la emancipación de la lengua, por el libre estudio de la historia artística y literaria en todos los tiempos y todos los países, fuera de Grecia, de Roma y del «Gran Siglo», todos los que buscaban sus orígenes hasta en la Edad Media, y sus parientes aun entre los Alemanes y los Eslavos, los «románticos», en una palabra, en su mayor parte, no obstante, habían permanecido realistas y cristianos; en tanto que los reivindicadores de la libertad política se atenían siempre á las formas clásicas de la Escuela, al estilo tradicional estampillado por las Academias. Cuando Blanqui, ennegrecido por la pólvora, soltó su fusil después de las tres jornadas victoriosas de Julio, no dijo más que esta frase: «¡Hundidos los románticos!»¹. La revolución se había descompuesto en dos elementos, el de la política, que aspiraba al derrocamiento de los tronos; el de la literatura, que trabajaba por la libertad de la lengua y por la extensión de su dominio. Por ambas partes los revolucionarios eran también los reaccionarios los unos de los otros. Con justicia, de partido á partido, se reprochaban la falta de lógica, las inconsecuencias, los absurdos y las tonterías.

El historiador, que contempla el vaivén de los acontecimientos y que trata de extraer de ellos su substancia desde el punto de vista del progreso, ha de resolver el problema más difícil, el de establecer el paralelogramo de las fuerzas entre los mil impulsos en lucha que chocan por todas partes. Le es fácil equivocarse y con frecuencia se desespera, creyendo asistir á un derrumbamiento cuando hay positivos progresos, ó, por mejor decir, en la liquidación general de cuentas, abrazando las pérdidas y las ganancias, ha aumentado gradualmente el haber humano.

¹ Gustave Geoffroy, *L'Enfermé*, p. 51.

Pero ¡cuán difícil y larga parece la obra de verdadera revolución á los enamorados del Ideal! Porque si las formas exteriores, instituciones y leyes, obedecen á la presión de los cambios íntimos que se han realizado, no pueden producirlos: siempre es necesario que un nuevo impulso venga del interior. Al primer golpe de vista, parece que el voto de una Constitución, ó de leyes estableciendo



Cl. P. Sellier.

TEHERAN — SALA DEL PALACIO DE BAHARISTAN
donde se reunió el más reciente de los Parlamentos.

por fórmulas oficiales la victoria de la parte de la nación que reivindica sus derechos, asegura de una manera definitiva el progreso ya realizado; pero puede suceder que el resultado sea precisamente contrario. Esa carta, esas leyes, aceptadas por los rebeldes, confirman, es verdad, la libertad conquistada, pero también la limitan, y ahí está el peligro; porque determinan el término preciso donde han de detenerse los vencedores, y se convierte fatalmente en el punto de partida de un retroceso. La situación no es nunca absolutamente estacionaria: si el movimiento no se hace en el sentido

del progreso, se hará del lado de la opresión. La ley tiene por efecto inmediato adormecer en su momentáneo triunfo á los que la han dictado, despojar á los individuos inteligentes y activos de la energía personal que les había animado en su obra victoriosa y cederla á otros, á los legisladores de profesión, á los conservadores, es decir, á los mismos enemigos de todo cambio progresivo. Por lo demás, en el fondo, el pueblo es conservador, y el juego de las revoluciones no le agrada mucho tiempo; prefiere la evolución, porque no la sospecha y el ignorante no puede mostrarle su mal humor. Convertidos en legalitarios, los antiguos rebeldes quedan en parte satisfechos, entran en los grupos de los «amigos del orden», y la reacción readquiere el dominio, hasta que otros revolucionarios no ligados por fórmulas, ayudados por los errores ó las locuras gubernamentales, llegan á abrir otra brecha en las construcciones antiguas.

En cuanto se funda una institución, aunque sea para combatir enormes abusos, crea otros nuevos para su existencia misma: es preciso que se adapte al mal medio y que, para funcionar, funcione en modo patológico. Los creadores de la institución obedecían á un noble ideal, los empleados que nombran han de cuidar ante todo de sus emolumentos y de la duración de su empleo. Lejos de desear el éxito de la obra, acaban por no tener más vivo deseo que el de no llegar jamás al objeto final¹. No se trata de la obligación, sino de los beneficios que reporta, de los honores que confiere. Así, encárgase á una comisión de ingenieros que examine las quejas de los propietarios desposeídos por la construcción del acueducto del Avre: parece lo más sencillo estudiar primeramente esas quejas y contestarlas con toda equidad. Pues no, se comienza por emplear algunos años en rehacer una nivelación general de la comarca, ya hecha y bien hecha. Pasa el tiempo, se acumulan los gastos y las quejas se exacerban. Sucede muchas veces que los créditos votados para un trabajo son notoriamente insuficientes, y apenas sirven para el coste del andamiaje, pero los emolumentos de los ingenieros corren como si se hiciera obra útil. ¡Cuántos años necesitó la perseverante asociación del *Loire navigable* para obtener la auto-

¹ Herbert Spencer, *Introduction à la Science sociale*, cap. V, p. 87.

rización de canalizar el río á sus expensas, por medio de una obra de ladrillos poco costosa! El Estado no admitía más que trabajos que necesitaban millones y que probablemente en veinte años hubiesen estado todavía en estudio, como tantas otras obras vitales para la utilización inteligente del suelo de Francia.

La Ley se dicta por el Parlamento, que emana del Pueblo, en quien reside la Soberanía nacional. Cuanto más libre es el país, más venerado es el Cuerpo legislativo que se ha escogido, pero más necesario es el libre examen de todas las cosas referentes á la libertad. Por tanto, no hay institución más sujeta á la crítica que el parlamentarismo.

Fué un innegable instrumento de progreso para la nación que le dió origen, y se comprende la admiración de Montesquieu estudiando el funcionamiento del sistema inglés, tan sencillo y, entonces, tan lógico. Después, con la Asamblea Nacional de 1789 y la Convención, el Parlamento atravesó en Francia su período heroico é hizo buena figura en la historia de la liberación gradual del individuo. Después ha conquistado casi todos los países del mundo, incluso las repúblicas negras de Haiti, Santo Domingo y Liberia; solamente Rusia (1905), Turquía, China, las colonias de explotación europea y algunos otros Estados quedan sin representación nacional. La institución se ha diversificado en los diferentes países, mostrando tal defecto más particularmente en una, mientras que tal otro sobresale en otras, pero en todas partes se revela una divergencia profunda entre la evolución del pueblo y la de sus Cámaras legislativas.

Dejando á un lado los sistemas censitarios y plurales, no considerando más que el sufragio universal honradamente aplicado, no contando el hecho de que, excepto raras excepciones, la mitad femenina de la población no está «representada», no puede admitirse que la ley votada por la mayoría de los votantes exprese la opinión de la mayoría de los electores: de hecho, lo contrario es frecuentemente la verdad. Ese vicio, puramente matemático, podría no ser atendible cuando sólo existieran dos partidos en el Estado, porque las pérdidas y las ganancias se equilibrarían en el conjunto, pero se hace tanto más grave cuanto más se acentúa la vida y se diversifi-

can las opiniones. Únicamente Suiza apela á la totalidad de los electores para la aceptación ó no aceptación final de toda ley nueva.

Excepto en casos muy excepcionales, el espectáculo que ofrecen los países cuando se hallan en período electoral no es de los que puedan regocijar al hombre de principios. Sea que el candidato violente personalmente su modestia, ó que le presente un comité, las maniobras se abren paso, las ventas y las mentiras se ponen en juego y no es el más decente de los que se proponen á los sufragios el que tiene más probabilidades de éxito. Aunque los legisladores han de resolver toda clase de problemas, locales y mundiales, financieros y educativos, técnicos y morales, el candidato no es recomendado á sus electores por ninguna capacidad especial. El elegido podrá deber su triunfo á cierta popularidad territorial, á su buen carácter, á su racundia oratoria, á su talento de organizador, pero también frecuentemente á su riqueza, á sus relaciones de familia y hasta, si es gran industrial y propietario, al terror que inspire; frecuentemente será un hombre de partido; no se le pedirá que trabaje en la obra nacional, ni que facilite las relaciones entre los hombres, sino que combata tal ó cual grupo político; en resumen, la composición de las Cámaras no recordará en nada la de la nación, le será generalmente inferior en cualidades morales: el político de carrera dominará en ellas.

Una vez nombrado, el representante se hace independiente de sus electores; deben confiar en que decida según su conciencia en las mil contingencias diarias, y si no se coloca en el mismo punto de vista que sus comitentes, no hay recurso alguno contra el voto emitido. Lejos de toda intervención durante los cuatro, siete ó nueve años de su mandato, no ignorando la impunidad concedida á actos delictuosos, el elegido se halla inmediatamente expuesto á las seducciones de toda suerte á que le someten las clases directoras; el recién venido se inicia en la tradición legislativa bajo la dirección de los veteranos del parlamentarismo, adopta el espíritu de cuerpo, es solicitado por la gran industria, por los grandes funcionarios y sobre todo por la banca cosmopolita. Aunque el Parlamento quede compuesto de una mayoría de hombres honrados, se desarrolla en él una mentalidad especial compuesta de arreglos, de compromisos,

de palinodias y de transacciones que no deben llegar á oídos del gran público, de fórmulas y regateos de pasillo que se cubren por algún brillante torneo oratorio entre tribunos experimentados. Todo carácter noble se envilece, toda convicción sincera se contamina, toda voluntad recta se tuerce.

No es extraño que tantos hombres se nieguen á alimentar con su voto un medio semejante y á cooperar á la «conquista de los poderes públicos». Los revolucionarios saben, al menos, que las formas del pasado durarán mientras los trabajadores se interesen en sostenerlas y se sirvan de ellas, aunque sea para modificarlas, y no pueden menos que deplorar la candidez de los que piensan poder «hacer la Revolución con el boletín electoral». Para conservar esta ilusión, no ha de considerarse la debilidad real de ese Parlamento supuesto soberano, es preciso cerrar los ojos ante las instituciones mucho más poderosas que se han constituido alrededor, jugando con la legislatura como el gato con el ratón.

Esa complejidad del gobierno hace que toda revolución francamente política sea extremadamente difícil. Las viejas supervivencias se han acantonado y concentrado todas en otros tantos Estados secundarios, verdaderos pulpos que viven sobre el organismo del Estado general y á sus expensas: la nación se empobrece en razón de su prosperidad. Una revolución nominal no puede tener ningún efecto si no toca también á esas corporaciones unidas por una solidaridad absoluta de intereses particulares y colectivos. En cuanto una de esas profesiones es sólidamente constituida en corporación oficial y sacrosanta, su tendencia inevitable es á titularse y creerse infalible y á reservarse absolutamente las discusiones y las decisiones que han sido declaradas por el rey, la costumbre ó la ley como de su incumbencia. Así es como la Iglesia reivindicaba no solamente el monopolio de la salvación de las almas, sino también el de la ciencia: fuera de los sacerdotes ó gentes de *clergie*, es decir, de saber, nadie tenía derecho de hablar de cosas que se suponían estar más altas que su alcance intelectual; el conocimiento de la naturaleza humana permite afirmar sin temor que en muchas circunstancias los sacerdotes intentaron procesos de herejía más por celos de oficio que por un santo ardor por la fe. La misma infa-